

Fisuras de género en torno al escenario de crisis de 2001, en Argentina

Dra. Andrea Voria. Universidad del Salvador (USAL) – UBACYT – Instituto de América Latina y el Caribe (IEALC). andreavoria@gmail.com

Lic. Romina Pighin. Universidad Del Salvador (USAL) – Centro de Estudios Latinoamericanos (CEL). mail@rominapighin.com

Introducción

El propósito de nuestro estudio exige hacer una breve lectura sobre la más reciente historia argentina, alrededor del poder hegemónico y sus resistencias desde una perspectiva de género. Ello nos brindará un marco adecuado para el estudio del género en términos de performatividad, en un contexto de crisis social y económica como la que atravesó la Argentina alrededor del año 2001.

Analizar la relación dialéctica establecida en dicho período entre estructura y acción desde la performatividad de género supone atender a las limitaciones y condiciones impuestas por parte de la estructura, a las actuaciones de género a lo largo de la historia reciente del país.

En términos históricos, se trató de la crisis argentina “más profunda e integral de su historia contemporánea, manifestada agudamente en términos económicos, financieros, sociales, políticos, institucionales y en especial como una crisis de valores que rigen las modalidades de relación social y de organización de las sociedades” (Argumedo y Quintar, 2003: 619).

Consistió en un proceso irruptivo tanto sobre lo social como sobre lo subjetivo, en tanto que ha favorecido la colectivización de las experiencias y la confrontación de proyectos políticos alternativos, y a la vez ha generado un proceso creciente de individuación de los sujetos. En la magnitud y multidimensionalidad de esta crisis reside nuestro interés acerca de cómo la situación social y económica de Argentina interactúa con la normatividad de género.

Figuraciones sobre la crisis

El término de crisis ha sido utilizado a lo largo de la historia argentina de forma cíclica, constituyéndose en una figura fantasmática, que devela las *ficciones* sobre las que se sostiene esta sociedad. Funciona de algún modo como *fantasma* en el imaginario colectivo, con vida propia y fuera de cualquier control social, que amedrenta, amenaza e intimida con su vuelta y con su reaparición en cada nuevo escenario político e histórico, convirtiéndose en una suerte de condenación perpetua que reafirma el destino de un país. Algo así como una profecía

autocumplida (Elster) que circula en el imaginario social de este país, que le da nueva vida a la crisis, haciéndola presente, volviéndola real.

Para Volnovich (2002) la crisis en tanto “discurso del sufrimiento”, revela cómo desde el nacimiento en adelante la relación del sujeto con la política transita por las marcas que ha dejado en el inconsciente la relación con el Otro. La situación de extrema indefensión social no hace otra cosa que reabrir la marca que el Otro grabó en nosotros y que, de esta manera, nos predispone, nuevamente, para quedar subordinados y desamparados frente al poder. Desde esta discursividad, la imagen de impotencia que creamos de nosotras y nosotros mismos frente a la omnipotencia del poder, no nos permite ver nuestra contribución al sostenimiento del poder a través de nuestras prácticas cotidianas y nuestro ejercicio ciudadano.

Se trata de un acontecimiento categórico y crítico, que implica a la vez todo el pasado y todo el porvenir de la acción cuyo curso marca, de modo que la temporalidad es una dimensión indisoluble de la crisis (Arfuch, 2003), que de manera cíclica está impresa como destino ineludible. Por tanto su existencia, por presencia o por ausencia, por su recuerdo o por su predicción, es una constante en el imaginario social argentino, donde las crisis marcan hitos en los relatos de vida de los conciudadanos. Sin embargo, Arfuch advierte que las imágenes del paso del paraíso al infierno han logrado “desdibujar los matices, los clivajes, las diferencias, a homogeneizar lo diverso, a unificar, de modo sintético, los abismos que la desigualdad talló sin pausa en la última década” (2003: s/n).

La diferencia que Silvia Bleichmar reconoce de la crisis de 2001 respecto de otras crisis de la historia argentina, que en esta última el mayor terror está en lo que no puede ser ni siquiera articulado, *puesto en palabras*. Se trata de lo impensado, de lo no previsible, sin que esté clara la forma que esto puede asumir. De este modo, la sociedad se ve imposibilitada de fantasmaticar de modo productivo los peligros que la acechan, y de instaurar a partir de ello estrategias defensivas que le permitan enfrentarlos (Bleichmar, 2001).

Así, la crisis adjudica el elemento de impredecibilidad a la biografía de los sujetos e imprime en sus conciencias aquel elemento que queda fuera de control. Por tanto, es al mismo tiempo contexto que nos incluye y texto que, al atravesarnos, nos constituye, de modo que se hace carne en la subjetividad (Volnovich, 2002).

Paradójicamente, la crisis en su dimensión productiva se transformó en una especie de parámetro identitario colectivo que ha unido a la ciudadanía en iguales desventuras, lo cual a nivel de la acción democrática colectiva ha tenido un impacto inédito, como veremos, en la

historia reciente de la Argentina. Incluso, es en el clima de revuelta popular, que acompañó la crisis económica e institucional de 2001 y 2002 en Argentina, que emergió llamativamente un repertorio de escenas y formas visuales traducido por distintos lenguajes estéticos, incluido el cine.

En su interrogación sobre la revuelta como operación y matriz de sentido, tanto a nivel de la cultura como a nivel de sujeto, Julia Kristeva encuentra que “la cultura de la revuelta explora la permanencia de la contradicción, lo provisorio de la reconciliación, la evidencia de todo lo que pone a prueba la posibilidad del sentido unitario (la pulsión, lo femenino, lo innombrable, la destrucción, etcétera)” (1999: 24).

Y más adelante, Kristeva afirma:

“La revuelta es nuestra mística, es sinónimo de dignidad para señalar una de las actitudes posibles. Pero sobre todo para señalar las lógicas en cambio [...] la revuelta no se realiza en el mundo de la acción sino en el de la vida psíquica y desde allí en sus manifestaciones sociales: escritura, pensamiento, arte [...]. En la medida en que se trata de una mutación del vínculo del hombre con el sentido, esta re-vuelta cultural concierne intrínsecamente a la vida de la ciudad y tiene consecuencias profundamente políticas: plantea otra política, la de la conflictividad permanente (1999:24-25).”

La revuelta como sinónimo de dignidad propuesta por Kristeva nos acerca a la propuesta de Butler de pensar dialécticamente *vulnerabilidad* y *resistencia* en tanto que, según ella, “la resistencia política se basa, fundamentalmente, en la movilización de la vulnerabilidad y que las formas plurales o colectivas de resistencia están estructuradas de forma muy distinta a la idea de un sujeto político que establece su agentividad venciendo su vulnerabilidad” (Butler, 2014: 14)

El saldo social

Los efectos de la crisis de 2001 en Argentina han sido de tal envergadura que dieron como resultado una reconfiguración de la estructura social de este país, que ocasionó a nivel de la ciudadanía un gran desconcierto y una puesta en juego de su supervivencia tanto material como social. La estructura social argentina pasó de caracterizarse históricamente por un modelo de integración social, organizado alrededor del trabajo, que aseguraba canales importantes de movilidad social ascendente, a ser un país en el que el trabajo perdió en dicho contexto su centralidad como engranaje de integración social, al volverse intermitente, ocasional y precarizado.

En otras palabras, la diferencia fundacional entre el viejo país y el actual se refiere al descentramiento paulatino de relaciones sociales alrededor de las cuales se organizó la vida de la población, a partir de una “sociedad salarial” en referencia a aquella en que el trabajo era

fundante de las relaciones entre las personas, debido a su carácter de fuente primordial de constitución de la identidad y de la subjetividad. En ese país, la gente era fundamentalmente lo que hacía en el mundo del trabajo y ese *hacer* en el mundo del trabajo era el principio organizador de la vida cotidiana. Así, trabajo y movilidad social ascendente configuraban un modelo de inversión cuya meta orientadora era el “progreso”, donde tenían prioridad el gasto en vivienda, educación, salud (Feijó, 2003).

Kessler y Di Virgilio (2008) apelan a la noción de “pauperización” para dar cuenta de un proceso de dislocación de la cotidianeidad que va afectando tramos de sentido sedimentados: ideas, creencias, expectativas, categorías de percepción, hasta entonces dadas por descontado, que no resisten el impacto de la crisis. La pauperización se experimenta como una dislocación personal y como una desorganización del mundo social circundante.

En consecuencia, el empobrecimiento de una parte importante de la clase media significó un corte abrupto con el modelo generacional y con el modelo histórico-cultural hasta entonces - signado por la movilidad ascendente de cada generación respecto de la anterior -, se expresaba en una situación de ilegibilidad general, cuya manifestación más notoria era la dificultad para tipificar el nuevo contexto y, así, apelar a un repertorio de estrategias internalizadas para enfrentarlo, tanto a nivel performativo como discursivo.

El fenómeno de la pauperización se enmarca en un proceso histórico en el que Argentina pasó de ser un país productivo basado en el modelo de sustitución de importaciones, fundado en el desarrollo industrial y cuyo destino principal era el abastecimiento del mercado interno, que favoreció en consolidar una importante clase obrera con altos porcentajes de organización y sindicalización, a un país orientado a los servicios y a la inversión financiera, que indujo a la destrucción del aparato productivo y consumió la desindustrialización con la consecuente expansión del desempleo y la reducción de los ingresos (Lozano, 2001), con un declive de las formas organizativas laborales, con altos índices de desocupación y subocupación (Wortman, 2008), pero a la vez con una presencia cada vez mayor de las mujeres en el mercado de trabajo (Svampa, 2005).

Las diversas formas de protesta que distintos sectores sociales ensayaron a partir de las reformas económicas de los 90 tuvieron en común la interpelación de distintas instancias estatales frente a lo que era caracterizado como un daño, el no acceso o la conculcación de un derecho (al trabajo, a la subsistencia, a la seguridad, etc.), oscilando entre la confrontación, la

negociación y la cooperación con el Estado en distintas instancias y momentos (Delamata, 2009).

En este nuevo marco social, atravesado por una fuerte dinámica de polarización, todas las clases sociales sufrieron grandes transformaciones, tanto en lo que concierne a su composición socio-ocupacional, como al peso político y económico de cada una de ellas en el espacio social (Svampa, 2005). Sin embargo, las consecuencias de dichas transformaciones han sido muy distintas para unos y para otros, acentuándose notablemente la brecha entre *los que más tienen* y *los que menos tienen*.

Para Lozano (2001), el proceso de creciente desigualdad de distribución del ingreso no sería una consecuencia no deseada del modelo económico sino, por el contrario, el eje de construcción de un nuevo orden dominante, en el cual justamente los sectores medios son reducidos por su potencial capacidad política y contestataria y en el que el empobrecimiento de un sector amplio de la población ha sido parte de un todo sistémico que supuso el enriquecimiento de un sector muy reducido de la población (Minujin, 2001).

En el marco de las transformaciones de la nueva estructura social argentina, el Estado se volvió ausente, invisible, dando paso a la lógica de mercado como impulsor y a la vez regulador de dichos cambios. Las consecuencias del debilitamiento del Estado son evidentes y marcan un claro cambio de rumbo, de un Estado Social orientado históricamente hacia la tarea nada fácil de producir cierta cohesión social, a un Estado débil que terminó por acentuar las desigualdades existentes (Svampa, 2005).

La velocidad del proceso de cambio social dirigido al reemplazo del viejo modelo de integración social por otro distinto fue más rápida que la percepción que los sujetos lograron tener de dicho cambio. Así, subsistieron viejas identidades en un contexto del que rápidamente habían desaparecido aquellas condiciones objetivas sobre las que se fundaron (Feijoó, 2003).

En los últimos veinte años del siglo XX toma lugar, entonces, proceso centrado en el pasaje de una sociedad de integración a la actual de tendencias excluyentes, de la homogeneidad intraclases y grupos sociales a un grado de heterogeneidad inédito en nuestra historia contemporánea, reemplazado por otra sociedad donde reina la diversidad en cada uno de los dos sectores que la integran, que ya no son sólo diferentes sino profunda e insalvablemente desiguales, y que se muestra desintegrada en relación con su funcionamiento.

De este modo, la contracara de las políticas de corte neoliberal ha tenido un coste altísimo a nivel social para la Argentina. Las medidas más importantes que condujeron hacia un modelo de

“sociedad excluyente” (Svampa, 2005) durante aquella década fueron la reforma del Estado, que incluyó la privatización de sus empresas y el despido masivo de empleados y obreros, la apertura indiscriminada de la economía —que trajo como consecuencia una reducción extraordinaria del parque industrial y de la fuerza de trabajo— y la precarización laboral, que extinguió el antiguo régimen de protección a los trabajadores.

Esto significó para los sujetos la entrada en la precariedad, e incluso la pérdida de los soportes sociales y materiales que durante décadas habían configurado las identidades sociales (Svampa, 2005), lo cual provocó que la ubicación de los sujetos dentro de la estructura social no tenga la claridad que tenía tiempo atrás (Minujin, 2001).

El crecimiento de la pobreza a raíz de la desocupación, la subocupación, el retraimiento del Estado y la pérdida de cobertura de los derechos sociales, fue consecuencia de estas medidas. Si comparamos, en 1974, la población argentina en condiciones de pobreza rondaba el 7%, mientras que en 2002 esa proporción alcanza al 53% de los habitantes, a lo cual debe sumarse un 20% situado inmediatamente por encima de la línea de pobreza y otro 20% que sufrió un marcado descenso de sus ingresos y niveles de vida (INDEC, 2002).

Con respecto al empleo, en 1974, este país mantenía niveles históricos de desempleo que rondaban alrededor del 3%, mientras que a mediados de 2002 la desocupación abierta superaba ampliamente el 20% y una proporción similar correspondía a la subocupación, como forma de desempleo encubierta. Esta degradación de las condiciones de vida de la población se dieron en el marco de una creciente desigualdad social: en 1974, el 10% por cierto más rico de los perceptores de ingresos recibía 12 veces más que el 10% por ciento más pobre; en 2002 la diferencia llega a 30 veces (Argumedo y Quintar, 2003).

Durante los años '90 en Argentina se acentuó considerablemente la tendencia histórica de las décadas anteriores respecto al crecimiento progresivo de la tasa de actividad femenina. La tasa específica de actividad de las mujeres de 15 a 65 años se incrementó en 7,6 puntos porcentuales entre 1990 y 2002, pasando del 43,2 al 50,8%. En el mismo período, la tasa de actividad de los varones cayó en 3 puntos porcentuales, pasando del 81,3 al 78,3%, por lo cual se observa una disminución de la brecha entre mujeres y hombres (Ministerio de Trabajo, 2005). Es importante destacar que las mujeres que se incorporaron en mayores proporciones al mercado en estos años continuaron siendo las casadas y unidas, en su mayoría cónyuges del jefe de hogar (Wainerman, 2005).

La dinámica general del mercado de trabajo durante el período señalado, implicó que este aumento de la incorporación de las mujeres se tradujera más en un incremento de sus niveles de desocupación y subocupación que en un alza de su tasa de empleo. Mientras la tasa de empleo ascendió sólo 1,2 puntos porcentuales en todo el período, la desocupación femenina pasó de 7,6% a 18,9% y la subocupación de 14,3% a 25%. Al mismo tiempo, las tasas de desocupación y subocupación masculinas también crecieron dramáticamente, descendiendo la tasa de empleo. Esto último redujo, a su vez, la brecha entre tasas masculinas y femeninas de empleo (Ministerio de Trabajo, 2005).

Cuadro A2
Tasas específicas de empleo, desocupación y subocupación
por sexo. 1990-2002
Población de 15 a 65 años.
Total Aglomerados urbanos relevados por la EPH.

Año	Mujeres			Varones		
	Tasa de empleo	Tasa de desocupación	Tasa de subocupación	Tasa de empleo	Tasa de desocupación	Tasa de subocupación
1990	39,9	7,6	14,1	75,4	7,2	5,5
1991	40,3	7,1	13,6	76,1	6	4,8
1992	41,3	7,7	12,9	76,2	6,5	5,4
1993	41,3	11,7	14	74,7	8,3	6,4
1994	40,2	13,6	15,8	72,9	10,1	7,1
1995	38,7	20,3	17,4	68,4	15,6	9,2
1996	38,1	19,4	19,6	67,7	15,8	9,8
1997	40	17,9	18,3	70	13	9,9
1998	41,9	14,6	19,6	71	11,8	9,8
1999	42,5	15,6	20,1	69,2	13,3	10,3
2000	42	16,4	20	68,2	14,1	11
2001	41,3	17,2	21,8	65,5	17,5	12,7
2002	41,1	18,9	25	62,4	20,2	16,3

A pesar de cierta tendencia histórica que explica el aumento de la participación femenina en el mercado de trabajo en Argentina, en relación al acceso de las mujeres a mayores niveles educativos y transformaciones socioculturales en las pautas relativas a la conformación familiar, la aceleración de la tasa de actividad femenina durante los noventa se asocia fundamentalmente con estrategias de economía doméstica según las cuales, tanto la salida laboral de la mujer, como la incorporación de más miembros del hogar al mercado de trabajo, estuvieron determinadas por el aumento del desempleo y el deterioro de los salarios reales del jefe.

En apoyo de esta interpretación, apuntamos que el mayor incremento relativo de la tasa de actividad femenina se observa claramente en aquellas mujeres provenientes de hogares de menores ingresos, lo que indica que dicho aumento estuvo vinculado, en mayor medida, a alternativas desarrolladas por los hogares para sortear el proceso de empobrecimiento asociado al desempleo y la caída de los salarios. Esto es, el aumento de la actividad femenina en los noventa se concreta en un contexto de contracción y precarización del empleo y de caída del salario real, y se explica fundamentalmente por la creciente incorporación de las mujeres de los hogares de ingresos bajos y medio bajos (Ministerio de Trabajo, 2005).

En síntesis, el crecimiento de la participación económica de las mujeres no aparece vinculado al mejoramiento de su situación en la sociedad, sino a procesos de ajuste estructural y reestructuración económica. En consecuencia, frente al cuadro de desocupación que golpeaba a las jefaturas masculinas de los hogares, las mujeres debieron salir a procurar empleo. Una investigación realizada por Andrea Andújar muestra que mientras que las mujeres se tuvieron que volver más fuertes frente a la urgencia de tener que ganar el pan para sus hijos, sus maridos se deprimieron, otros abandonaron a sus familias en medio de procesos signados por una enorme violencia, se volvieron un estorbo dentro del hogar, e incluso algunos se suicidaron (Andújar, 2005). Una mujer piquetera entrevistada por Isabel Rauber, afirma: “A nosotras no nos cuesta nada venir acá (refiriéndose al piquete), a pelear por nuestros hijos. Pero para ellos que han trabajado toda la vida es humillante. Esta política los ha humillado como hombres” (Rauber, 2002a: 110).

El tembladeral llegaba a grupos de clase media, empleados despedidos que encontraban grandes dificultades para encontrar nuevas ocupaciones y cuyas compañeras o hijas mayores se vieron forzadas a trabajar fuera de la casa para la sobrevivencia de la familia. En este escenario, las mujeres constituían un recurso para impedir que la caída fuera más abrupta (Barrancos, 2007).

Los “perdedores” (Svampa, 2005) en este escenario social han sido una muy amplia proporción de la población, que no sólo abarca los sectores bajos, sino también a la tradicional clase media argentina, cuyos integrantes se convirtieron en un porcentaje considerable de los “nuevos pobres”, al atravesar la denominada “línea de pobreza”¹. Sin embargo, esto no supuso la homogeneización de la pobreza, sino que por el contrario, las clases sociales en su interior adquieren mayor heterogeneidad, a la vez que las fronteras sociales históricamente establecidas se vuelven más difusas.

Para Kessler y Di Virgilio, los nuevos pobres constituyen un estrato híbrido en tanto

“están próximos a los sectores medios en variables ligadas a aspectos económico-culturales que actúan en el largo plazo, como el nivel educativo y la composición de la familia —menos numerosa que la de los pobres estructurales— pero se asemejan a los pobres estructurales en el nivel de ingresos, el subempleo y la ausencia de cobertura social, es decir, en variables de corto plazo, producto de la crisis (2008: 39).

¹ La “línea de pobreza” es comúnmente utilizada para medir la pobreza por ingresos. Se estima en base a una canasta “mínima” de alimentos, bienes y servicios. Aquéllos cuyo ingreso no alcanza a cubrir la canasta de alimentos se consideran “indigentes” y “pobres” a los que no alcanzan a cubrir la canasta total.

Así, la disparidad al interior de las clases sociales expresa lo que mejor describe la estructura social argentina de este momento, que es el aumento de la desigualdad social a través de una doble dinámica de polarización y fragmentación social (Svampa, 2005).

De este modo, el hecho que amplios sectores de clase media atravesaran la línea de pobreza no los ubica necesariamente en el mismo escalafón que a los y las pobres indigentes, cuya diferencia substancial entre unos y otros radica en la posibilidad de poder comer o no. Los pobres de nueva categoría, según Wortman (2008), son pobres de ingresos, pero generalmente tienen un nivel educativo más alto que los pobres estructurales y una experiencia de vida diferente, un capital social acumulado que les permite operar en el mundo de manera diferente.

En consecuencia, la nueva pobreza surgió así como un universo heterogéneo que reunía a los “perdedores” de cada categoría profesional. De acuerdo con Kessler y Di Virgilio, la heterogeneidad cuantitativa tenía su correlato cualitativo: la diversidad de perfiles socio-profesionales conllevaba trayectorias sociales diferentes en cuanto a las formas de socialización, los orígenes familiares, las carreras educativas y las historias profesionales. Así, una vez pauperizados, tal variedad de trayectorias estará en el origen de formas heterogéneas de experimentar la pobreza. “La pauperización es un trastrocamiento general: todos los aspectos de la organización familiar ligados a lo económico e incluso las practicas más rutinarias y normalmente menos problemáticas, son sometidos a revisión, modificación y supresiones (Feijoó, 1992 citado por Kessler y Di Virgilio, 2008).

En última instancia, puede suponer

“sacar a un hijo del colegio privado al que fueron sus hermanos mayores, modificar la dieta familiar, restringir el uso del automóvil o los viajes en colectivo, no asistir a una fiesta por falta de ropa adecuada, dejar de lado el club, la computación, la terapia, el fútbol, la música, las revistas, el cine, las vacaciones, la medicina prepaga y parte de la vida social, atrasarse peligrosamente en el pago de impuestos, abandonar el seguro y las cuotas de un crédito ya mitad pagado, adoptar en familia una nueva regulación de las frecuencias de invitaciones a comer en la casa, del régimen de visitas al dentista así como del consumo de luz y teléfono, entre tantas otras medidas” (Kessler y Di Virgilio, 2008: 40).

Siguiendo a Feijoó, también las capas medias luchan en los márgenes, sometidas a la vulnerabilidad, rotando alrededor de *la línea de pobreza*. Se trata de todos aquellos sectores que aun ocupados, son pobres y no alcanzan con sus ingresos a colocarse sobre la línea de pobreza en un hogar tipo. Se trata de una pobreza por ahora invisible a los ojos, esto es que se trata de una pobreza que se oculta al interior de los hogares y sólo se externaliza mediante múltiples estrategias personales dirigidas a paliarla. Estas estrategias aparecen reflejadas en *Cama*

Adentro. Y es por eso que no hay acción colectiva de empobrecidos en el sentido que sí la hay de los pobres estructurales. Porque la pobreza de las capas medias bajas, incluyendo a los trabajadores, no tiene básicamente el escenario espacial que rodea a la de los pobres-pobres y es intersticial, y resignada, aunque no pasiva (Feijoó, 2003).

La caída de amplios sectores de la clase media se constituyó en un proceso “puertas adentro”, dada la imposibilidad de poder distinguir el empobrecimiento por la apariencia de las viviendas y por el ocultamiento de dicha situación ante la mirada de familiares, vecinos y pares (Minujin, 2001). Tal es el caso, por ejemplo, del personaje femenino principal de la película *Cama Adentro* de Jorge Gaggero representado por Norma Leandro.

El proceso de empobrecimiento “puertas adentro” pone de manifiesto, además del cuestionamiento de la supervivencia material, la lucha por la supervivencia social, tanto en términos de pertenencia de clase, como de la propia subjetividad. La lucha por el reconocimiento plantea la inestabilidad que la crisis genera al sostenimiento de la propia identidad, grupal e individual. Frente a estas cuestiones, Feijoó (2001) se pregunta: *¿En qué posición de la estructura social se ubica a sí mismo un sujeto? ¿Que predomina más en la construcción de su identidad: la memoria o el presente; la referencia a sus hogares de origen o la trayectoria actual descendente?*

En última instancia, según Svampa (2005) lo que cambió a lo largo de este proceso es la distribución del poder social y, como tal, el modo en que cada uno se autorrepresenta, piensa y figura su destino social dentro de la sociedad. Esto condujo a la proliferación de luchas en torno al reconocimiento de la existencia, tanto en el plano económico-político, como en el cultural-simbólico, tal como abordaremos en la sección siguiente de este capítulo.

La otra cara de la fragmentación del destino de las clases medias arrojó como resultado un sector altamente favorecido por las políticas económicas de corte neoliberal, ya sea a través de la participación en procesos económicos vinculados a las políticas de privatizaciones o por la rentabilidad financiera. Así, junto con el crecimiento de los “nuevos pobres” se va constituyendo también un nuevo sector social, llamado los “nuevos ricos”, quienes se manifestaron espacialmente en un fenómeno también nuevo que fue el surgimiento de los *countries* y barrios cerrados en Argentina (Wortman, 2008).

Crisis y resistencias de género

El “efecto no buscado”, en términos de Elster, por el sistema imperante neoliberal en la Argentina ha sido favorecer de algún modo la irrupción en la arena pública de voces polifónicas

contrahegemónicas, que ocasionaron una renovación relativa del escenario y de los actores políticos; algunos de ellos incluso centrando sus reclamos en torno a identidades de género y sexualidades múltiples y diversas.

De este modo, en Argentina se han desatado importantes movimientos de resistencia a tales políticas a lo largo del período de implantación del modelo neoliberal, protagonizadas por actores sociales que confluyeron en la formación de novedosas, numerosas y diversas manifestaciones, en las cuales las mujeres han sido uno de los actores sociales fundamentales (Rauber, 2005).

Dentro de estos movimientos confluyeron distintos actores sociales, no sólo con el objetivo más inmediato de conseguir planes sociales por parte del Estado para paliar las consecuencias más urgentes de la crisis, sino también con el propósito de cuestionar el modelo económico vigente y, en última instancia, la misma estructura hegemónica del poder.

Bajo la efervescencia de muchos movimientos sociales y el clima de resistencia social vivido en este período, el cuestionamiento al modelo político y económico imperante, estuvo acompañado en muchos casos por un cuestionamiento respecto a las desigualdades de género, que fue posible dada la alta presencia y participación activa de mujeres.

Esta experiencia histórica nos permite pensar la paradoja del poder a través de diversos movimientos sociales y políticos en Argentina: Tal es el caso, por ejemplo, del Movimiento de Trabajadores de Desocupados surgido en la segunda mitad de la década de 1990 o, como vimos, de la organización de Madres de Plaza de Mayo. En ambos casos la potencia de estos movimientos radica justamente en reafirmar sus ejes identitarios: la identidad de trabajadores/as, en un caso, y la identidad madres en reclamo de sus hijos desaparecidos, en el otro. Sin embargo, ambos movimientos no han mantenido una relación de continuidad con el poder que constituye su potencia sino que, por el contrario, entre uno y otro momento, se produce una inversión significativa y potencialmente habilitante (Butler, 2001b), que les ha permitido reinterpretar su identidad, en ese caso como trabajadores/as y como madres, en términos desobedientes al poder imperante.

Piquete y cacerola, *la lucha es una sola*

Hablar del movimiento piquetero en Argentina supone retrotraerse a la década menemista signada por reformas neoliberales a nivel de la política económica en general y por la reforma laboral promovida por el gobierno, que incluyeron medidas, como: (a) la regulación y prohibición de las huelgas en los servicios públicos - condición exigida por el *establishment*

empresarial y las entidades internacionales como el FMI y el Banco Mundial para la privatización de empresas estatales -; (b) la Ley de Empleo, que introdujo modalidades contractuales de trabajo precario, desarticuladas de los sistemas de salud, de seguridad previsional y de indemnización por despido; (c) la Ley de Accidentes de Trabajo, que impuso topes indemnizatorios en los accidentes laborales; (d) la reforma previsional, que sustituyó el sistema solidario anterior por uno de capitalización individual gestionado por administradoras de fondos de jubilación y pensión en su mayoría privadas (Palomino, 2005).

En consecuencia, a partir de la aplicación del nuevo esquema económico, se produce la ruptura de la unión sindical en Argentina en torno a la Central General de Trabajadores (CGT), tanto por el surgimiento en el año 1997 de la Central de los Trabajadores Argentinos (CTA), así como por la escisión misma de la CGT, entre la corriente oficial y la disidente, según su acuerdo o desacuerdo con la política económica del gobierno imperante. A su vez, surge La Corriente Clasista Combativa, que nuclea a dirigentes sindicales de izquierda. La ideología marxista de sus dirigentes dota a su acción sindical de contenidos políticos, no obstante, las tendencias de exclusión social y de marginación del mercado de trabajo de vastos segmentos sociales los llevan a ejercer una representación más vasta que la de la clase obrera, buscando incorporar en su acción a los excluidos del sistema (Palomino, 2005).

En el marco del gobierno de la Alianza, bajo el mando de Fernando De La Rúa, se produce un nuevo hito en torno al debilitamiento del trabajo en Argentina, a partir de la Ley de “Reforma laboral”, aprobada en el año 2000. Los contenidos de la ley distaban de constituir una verdadera reforma laboral. Los dos cambios más significativos que introdujo se referían a la transformación del eje de validación de los convenios colectivos y a la modificación del período de prueba previo a la contratación definitiva en las empresas. Por un lado, una empresa podía acordar un menor salario que el fijado por el convenio nacional de la actividad. Por otro lado, se extendió el período de prueba hasta seis meses y a un año en el caso de las pequeñas y medianas empresas, lapso durante el cual las empresas pueden prescindir de sus nuevos empleados sin indemnización por despido. Frente a este escenario de descontento popular y estancamiento económico los sindicatos, pese a que se alienaron todas las fracciones contra el gobierno, no lograron evitar que se profundizaran sus diferencias (Palomino, 2005).

Así, uno de los grandes cambios del último cuarto del siglo XX en Argentina fue la quiebra del sindicalismo tradicional y el desplazamiento de las formas de protesta social centradas en el mundo del trabajo. Consecuentemente, la protesta social y la composición de los actores

involucrados también se transformaron, pues se produjo un desplazamiento de una sociedad centrada en el trabajo, en donde las demandas principales eran el aumento salarial o las mejoras en las condiciones de trabajo, a otra vinculada con el desempleo y el trabajo ocasional, asociada a la reivindicación del trabajo y de subsidios de desempleo. En ese momento los actores centrales de la protesta pasaron a ser los desocupados, trabajadores eventuales, beneficiarios de planes sociales estatales, quienes dieron forma a nuevos cuadros de protesta (Suriano, 2005; Palomino, 2005).

Además de las acciones desarrolladas por los sindicatos, el período da cuenta de la emergencia de nuevas formas de acción no institucional y organizaciones ligadas a una matriz territorial, como aparece ilustrado por las Mujeres Agropecuarias en Lucha, en un sector históricamente asociado al mundo masculino. “Como había sucedido en los 70 con las organizaciones de derechos humanos, como ocurriría luego con las organizaciones de desocupados, las mujeres se encontraron en mejores condiciones que los hombres para redefinir la situación en medio de la crisis” (Svampa, 2005: 227).

Este período consolida un nuevo modo de politización de la sociedad que coloca en el escenario político argentino al movimiento social de desocupados como un actor clave. Al perder su vinculación al mundo del trabajo en medio del ocaso de la “sociedad salarial” (Castel citado por Svampa, 2005), la militancia territorial fue revistiéndose de nuevas dimensiones, al convertirse el *barrio* en el espacio de acción y organización. “Fue la politización de una experiencia de trabajo barrial lo que constituyó el núcleo de la acción contestataria y, rápidamente, el punto de partida para la organización y la acción masiva” (Svampa, 2005: 241).

“La autoorganización compulsiva de lo social abrió las puertas a nuevas experiencias, asociadas a la vivencia del barrio, la ruta y la calle, lugares desde los cuales los individuos buscaron reconstruir su identidad y reencontrar su dignidad. La acción colectiva trajo así consigo la idea de que otra identidad –y otro destino- era posible para quienes habían perdido su trabajo y habían visto interrumpida su carrera laboral. Un nuevo motivo de dignidad –que reemplazaría entonces la pérdida de dignidad del trabajo- podía comenzar a buscarse explorando y explotando la categoría “piquetero” y enterrando la de “desocupado” (Svampa, 2005: 242).

Así, surgen los movimientos piqueteros, a partir de 1996 y 1997 en el sur y el norte del país, extendiéndose luego a los asentamientos del Gran Buenos Aires, los cuales constituyen organizaciones de trabajadores y trabajadoras desocupados. En una primera instancia, localidades petroleras del sur del país, como Plaza Huincul y Cutral-Có en la provincia de Neuquén, presentaban un cuadro social agravado tras la privatización de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF). La desocupación alcanzaba a la mayoría de los hogares y se

extenuaban las indemnizaciones. Así, en junio de 1996 comenzaron a gestarse reacciones espontáneas de los pobladores de ambas localidades, que decidieron cortar las carreteras nacionales y provinciales e impedir los caminos aledaños. Se inició así la forma de reclamo luego conocida como “protesta piquetera”.

Un año más tarde, en abril de 1997, en el contexto de un importante conflicto docente, nuevamente aquellas poblaciones recurrieron a los piquetes. Durante varios días de barricadas los manifestantes impidieron el tránsito en las principales carreteras como manifestación de protesta. Esta vez la protesta le costó la vida a Teresa Rodríguez, una humilde pobladora, debido a la brutal represión de los agentes provinciales. Así, su nombre devino un símbolo del compromiso de las mujeres en la protesta y su nombre fue objeto de diversas reivindicaciones (tal es el caso de la creación del Movimiento Teresa Rodríguez - MTR). A partir de este hito, se pone en evidencia el giro fundamental de las mujeres en estas poblaciones, el desafío traído por el nuevo marco de precariedades, la falta de horizontes para los hijos y la emergencia de una nueva subjetividad que presagiaba conductas insospechadas (Barrancos, 2008).

Luego los reclamos llegaron a la provincia de Salta, cuando las poblaciones de General Mosconi y Tartagal vieron evaporarse los recursos de las indemnizaciones que habían recibido por ocasión del cierre de las actividades petrolíferas. Se trataba de familias abandonadas, con agotamiento de los recursos y al borde del hambre. Por lo que decidieron hacerse escuchar a través, una vez más, de cortes de carretera con una alta participación femenina, nuevamente.

Llevados a situaciones límites, piqueteros y piqueteras decidieron que era cuestión de vida o muerte exteriorizar su realidad, ponerla sobre el tapete, reclamando sus derechos en las calles y rutas del país, como un espejo de la sociedad que los expulsaba. “Cada piquete se erige como una muralla o límite humano a la pobreza en su rostro de exclusión y desintegración social. De ahí la necesidad de cerrar el paso, cortar rutas, calles, denunciando con sus cuerpos la situación de virtual destierro en el que se encuentran en su propia tierra” (Rauber, 2002a:111).

La calle cobra aquí un significado nuevo y múltiple: la calle es el lugar donde son arrojadas las personas desocupadas por el actual modo de producción; y desde allí, desde la calle, es donde en tanto excluidos presentan batalla por la recuperación de sus derechos y en defensa de la vida (Rauber, 2002b).

En Argentina, género y pobreza han interactuado de un modo particular y específico, dadas estas circunstancias históricas, en las que conviven la lucha por la supervivencia, la participación política, el cuidado de los hijos, el tránsito permanente entre lo privado y lo

público, a tal punto que en dicho contexto algunas fronteras entre estos ámbitos se diluyeron (Rauber, 2002), por lo menos transitoriamente: mujeres piqueteras con sus niños en brazos cerrando el paso en los cortes de carreteras, hombres desocupados en sus hogares cuidando sus hijos, mujeres organizando las ollas populares en los piquetes, mujeres luchando en las barricadas.

Martha Rosenberg problematiza en este sentido, “La vida de los hijos depende tanto de que la función de la madre se cumpla individualmente, como de que se abandone para ser delegada en otras instancias de la sociedad. Que la función de unas mujeres como madres se prolongue en el espacio público puede ser leído como síntoma de la escena política” (Rosenberg, 1996: 259). De modo que la exteriorización en el espacio público de la función materna, a través de movimientos como Madres de Plaza de Mayo o Mujeres Piqueteras, se vuelve un síntoma tanto del repliegue del Estado como de su accionar represor. Tanto por su accionar excesivo como por su retirada, el Estado abandona su función de cuidado y sostenimiento de la vida de la ciudadanía.

En el día a día, en la batalla por sobrevivir, las mujeres sufrieron no sólo el impacto general del desempleo, el deterioro de la salud, la educación, la pérdida de derechos, sino también las consecuencias que se derivan del rol que se les asigna culturalmente como proveedoras del sustento y responsables de la crianza de los hijos e hijas, de la atención de los ancianos y del cuidado de los integrantes del grupo familiar (Korol, 2004). En consecuencia, como contrapartida a la “feminización de la pobreza”, comienza a producirse la “feminización de la resistencia”, con un

“mayor protagonismo de las mujeres en la batalla contra las consecuencias de las políticas excluyentes y opresoras, en las búsquedas de alternativas de sobrevivencia, y más aún, de gestión autónoma de proyectos que intentan pensar nuevas formas de organización social y política, que recuperen la dignidad y el sentido de lo colectivo” (Korol, 2004).

De este modo, el rol asignado culturalmente empujó, paradójicamente, a las mujeres a salir del ámbito privado hacia el ámbito público. Por esta razón, frente a la crisis atravesada por el país, la “feminización de la resistencia” trajo consecuencias tanto en el plano de lo público, de lo doméstico, como de la subjetividad, que debieron ser apropiadas por las mujeres para apuntalar los procesos de resistencia (Korol, 2004). Como afirma Bárbara Sutton (2007), las argentinas tuvieron que reinventarse a sí mismas en orden a sobrevivir a la adversidad.

A la etapa fundacional del movimiento, marcada por la primera ola de movilizaciones, le sigue una segunda etapa, en los inicios del siglo XXI, en la que se produce la entrada de las

organizaciones piqueteras en la escena política nacional, en tanto actor central de las movilizaciones sociales. Durante este período de crecimiento y visibilidad entre los años 2000 y 2002, las organizaciones piqueteras fueron desarrollando una creciente autonomía de acción, centrándose ahora en los espacios tradicionales de la política nacional, como es Capital Federal, el conurbano bonaerense y grandes ciudades del país (Svampa, 2005).

En el movimiento de rebeldía que estalló en diciembre de 2001 en Argentina, el símbolo fue una “cacerola”. Cacerolas golpeando contra el hambre, la miseria, la exclusión, expresando la presencia protagónica de mujeres en estos movimientos. Las cacerolas salieron así del espacio privado al espacio público.

“Si históricamente han sido uno de los símbolos del sojuzgamiento de las mujeres, de su reclusión en el dominio de lo privado, fue precisamente cuando el modelo neoliberal aniquiló las propias posibilidades de ejercicio del rol de la mujer en ese ámbito, el momento en que la consigna feminista ‘lo personal es político’, se generalizó en la práctica de miles de mujeres que ignoraban su origen. *Lo personal es político*. Una cacerola vacía es un arma de denuncia” (Korol, 2004: 28).

A través de la consigna “piquete y cacerola, la lucha es una sola”, se articulan (contingente e históricamente) las demandas respectivas de los sectores medios, expresados a través del *cacerolazo* y de los sectores populares, expresados a través de los *piquetes*. Además de articular demandas de distintos sectores, dicha consigna combina la participación política y la revuelta con lo doméstico, con la supervivencia, cuestionando transitoriamente la división entre ámbito público y privado.

En términos de obediencias y transgresiones de género, este ejemplo histórico nos muestra cómo de algún modo la obediencia *a raja tabla* de mandatos tan fuertemente internalizados, lleva implícito su propio cuestionamiento; es decir, para una mujer la lucha por la sobrevivencia de sus hijos e hijas, mandato por excelencia femenino, la lleva, en última instancia y bajo condiciones límite, a transgredir ciertas normas de género, en lo que se refiere al contenido de sus actuaciones de género (por ejemplo, participar activamente de marchas y protestas) y al ámbito de acción (la calle, la ruta), siendo sancionadas por parte de la opinión pública, según Rauber (2002a), como *malas mujeres, malas madres o malas esposas*.

Sin embargo, sus actuaciones de género, si bien desobedientes al género, continúan recreando modos de hacer, decir y sentir propios de la femineidad, poniendo en juego en la lucha callejera emociones y sentimientos como la abnegación, la entrega, la flexibilidad, la perseverancia, etc. Pero a la vez debemos atender a cómo estas características propias de la femineidad pueden ser reinterpretadas de un modo transgresor, en términos de su propio

discurso y de su performatividad, cuestionando el orden establecido de género, pero a la vez teniendo su origen en modos obedientes de acción.

En este sentido, Bárbara Sutton (2007) considera que muchas mujeres lograron importantes transformaciones en el contexto de confusión social que acarrió la crisis en Argentina, pero esto no significa que las contradicciones desaparezcan instantáneamente. Mientras la crisis puede acelerar determinados cambios sociales, muchas prácticas enraizadas de género todavía persisten. Modos alternativos y hegemónicos de género pueden coexistir en un mismo movimiento social, incluso en un mismo sujeto o pueden adoptar distintos significados de acuerdo al contexto de la acción.

Un ejemplo de esta reinterpretación de acciones obedientes en acciones desobedientes con las normas de género podría ser, en el caso de las mujeres, las “ollas populares”, la cual constituye una tarea fundamental en el piquete, que consiste en preparar comida en grandes ollas para miles de personas, además de reunir previamente los alimentos. Para lograrlo, la mano de las mujeres es clave, así como para garantizar la sanidad interna, las guarderías infantiles y el normal funcionamiento de la vida en comunidad. Ellas son las que organizan la familia y el barrio, y también las organizadoras vitales de los piquetes (Rauber, 2002a), con lo cual reafirman su función familiar, y ahora comunitaria, de constituirse en garantes de la vida y de la supervivencia.

Sin embargo, el quiebre respecto al mandato de género está dado por el hecho que la tarea, en este caso de cocinar, es socializada fuera de las fronteras de lo doméstico, convirtiéndose en una estrategia de supervivencia colectiva, que logra ser politizada en tanto expresión de resistencia y de lucha. De este modo, el clima de protesta comienza a filtrarse en la vida cotidiana y a transformar su significado. Como afirman Borland y Sutton (2007), si bien el objetivo de los comedores comunitarios es satisfacer las necesidades alimenticias de los niños y niñas, algunos se convirtieron en centros claves de movimientos sociales desafiando al neoliberalismo, así como en lugares donde las mujeres se encontraban y comenzaban a cuestionar su subordinación colectivamente.

Cabe aclarar, que las mujeres piqueteras no se incorporan a la lucha buscando la liberación de la mujer o la igualdad de oportunidades, no se reconocen a sí mismas como feministas, sino que se incorporan a la lucha a partir del papel que entienden que les toca cumplir, en tanto madres y esposas, frente a un contexto de crisis y de hambre. En este sentido, para Cross y Partenio (2005), existen distintos perfiles de mujeres piqueteras. Entre las que han vivido en

barrios periféricos toda su vida, algunas de ellas han desarrollado actividades sociales y políticas en el territorio durante los años '80 - en los procesos de toma de tierras- y en los '90 -como distribuidoras de alimentos otorgados por la asistencia social. Mientras que otras realizaron su primera experiencia de militancia política social en estas organizaciones piqueteras. En cambio, las que provienen de experiencias de militancia y activismo feminista, generalmente pertenecen –aunque no siempre- a sectores medios y buscan contribuir en la generación de una nueva conciencia femenina entre las mujeres de las organizaciones piqueteras (Cross y Partenio, 2005).

El dilema para ellas, de acuerdo con Cross y Partenio (2005), ha sido encontrar un espacio para discutir las demandas de género cuando la lucha por la subsistencia está lejos de ser ganada, siendo dos aspectos disyuntivos de la participación de las mujeres, lo que da lugar a un "proceso de jerarquización de demandas" que plantea una falsa dicotomía entre "cuestiones de género" y "cuestiones de clase". Sin embargo, la discriminación que sufrían en términos de participación al interior del movimiento, hizo que fuera necesario reunirse entre mujeres para reflexionar sobre los obstáculos a los que se enfrentaban y a establecer claramente sus posiciones. Y así el debate se fue deslizando hacia tópicos que no eran abordados por los movimientos, de modo que se fue delineando una suerte de "agenda de género" que dio nuevo impulso a los espacios de mujeres, alrededor de problemáticas comunes, relacionadas con la salud, la planificación familiar, la violencia de género, y la despenalización del aborto, con el objetivo de instalarlas dentro de los movimientos como problemas políticos (Cross y Partenio, 2005).

Así, entendieron - tal como demuestra esta consigna del equipo de educación popular de la Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo -, que no hay revuelta posible que no interpele tanto el modo en que se estructura el sostenimiento de la vida a nivel doméstico, como la configuración y orientación de nuestros deseos:

“revolución que nos revolucione a nosotras, que nos haga derrotar en primera instancia al opresor y a la opresora que hemos internalizado, y que nos ubican en el lugar de la obediencia y de los buenos modales. Revolución que nos permita reconocernos, e identificar la legitimidad de nuestros deseos, como motores posibles de una historia que merezca ser vivida... Revolución en la plaza, en las plazas recuperadas en las jornadas del 19 y 20 de diciembre. Y revolución en la casa. En ese espacio que nos dicen que es privado, para que sea un espacio de batalla contra nuestra cotidiana opresión... Al salir a las plazas, es posible volver a discutir el lugar de las casas, desde nuevas perspectivas... Ahora que estamos recuperando las plazas, también podemos proponernos el debate sobre nuestros lugares en las casas, en la vida cotidiana” (Korol, 2004: 33).

En consecuencia, con experiencias de participación política previa dispar y con disímil pertenencia de clase, las mujeres movilizadas no solamente habrían hostigado las normativas demarcatorias de la ocupación de los espacios públicos, impugnando con su práctica tanto las fronteras de lo político como la circulación del poder. También habrían retado su posicionamiento en la esfera de la domesticidad cuestionando, con su práctica, los roles de género instituidos socialmente (Andújar, 2005).

En este sentido acordamos con Butler en que la política ya no se define como actividad exclusiva de la esfera pública y ajena a la esfera privada, sino que se cruza esa línea una y otra vez, llamando la atención sobre la forma en que la política ya está presente en el hogar, o en la calle, o en el barrio, o incluso en los espacios virtuales no restringidos por la arquitectura de la plaza pública (Butler, 2012). De modo que las performatividades resistentes hacen permeable, a través de los cuerpos, las fronteras de la división moderna entre lo público y lo privado.

Palabras finales

A lo largo del trabajo, hemos analizado la relación dialéctica establecida entre estructura y acción desde la performatividad de género en un contexto de crisis, atendiendo las limitaciones y condiciones impuestas por parte de la estructura, a las actuaciones de género a lo largo de la historia reciente del país.

Como observamos, el cuestionamiento al modelo político y económico imperante, estuvo acompañado por un cuestionamiento respecto a las desigualdades de género, que fue posible dada la alta presencia y participación activa de mujeres. Participación económica creciente de las mujeres, que no aparece vinculada al mejoramiento de su situación en la sociedad, sino a procesos de ajuste estructural y reestructuración económica. En consecuencia, frente al cuadro de desocupación que golpeaba a las jefaturas masculinas de los hogares, las mujeres debieron salir a procurar empleo, a *poner el cuerpo*.

Con experiencias de participación política previa dispar y con disímil pertenencia de clase, las mujeres movilizadas no solamente han hostigado las normativas demarcatorias de la ocupación de los espacios públicos, sino también su posicionamiento en la esfera de la domesticidad, cuestionando los roles de género instituidos socialmente. Las circunstancias históricas, en las que conviven la lucha por la supervivencia, la participación política, el cuidado de los hijos, el tránsito permanente entre lo privado y lo público, hicieron que en dicho contexto algunas fronteras se diluyeran aunque sea transitoriamente. No ha quedado una actividad exclusiva de la esfera pública y ajena a la esfera privada, sino que se ha cruzado esa línea una y

otra vez, llamando la atención sobre la forma en que la política ya está presente en el hogar, o en la calle, o en el barrio, o incluso en los espacios virtuales no restringidos por la arquitectura del territorio público.

Bibliografía

ANDÚJAR, Andrea, 2005. “De la ruta no nos vamos: Las mujeres piqueteras (1996-2001). Ponencia presentada en *las X Jornadas Interescuelas / Departamento de Historia*. Rosario: 20 al 23 de septiembre. Mimeo.

ARFUCH, Leonor, 2003. “Cultura y crisis: intersecciones”, en *Argumentos. Revista electrónica de crítica social*, N° 3, diciembre. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani, Universidad de Buenos Aires. Disponible en: <http://argumentos.fsoc.uba.ar/n03/articulos/arfuch.pdf>

ARGUMEDO, A. y QUINTAR, A., 2003. “Argentina ante una encrucijada histórica”, en *Estudios Sociológicos*, vol. XXI, núm. 3, septiembre-diciembre. México: El Colegio de México. Pp. 613-642.

BARRANCOS, Dora, 2007. *Mujeres en la Sociedad Argentina. Una historia de cinco siglos*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

BLEICHMAR, Silvia, 2001. “Temor a lo impensado”, en *Clarín*, 29 de abril. Disponible en: <http://www.clarin.com/suplementos/zona/2001/04/29/z-00503.htm>

BUTLER, Judith, 2001b. *Mecanismos psíquicos del poder*. Madrid: Ediciones Cátedra. Pp. 11 a 41.

BUTLER, Judith, 2012. “Cuerpos en alianza y la política de la calle” en *Revista Transversales*, número 26, junio.

BUTLER, Judith, 2014. “Repensar la vulnerabilidad y la resistencia” en *XV Simposio de la Asociación Internacional de Filósofas*. Alcalá de Henares, 24 de junio.

CROSS, Cecilia y PARTENIO, Florencia, 2005. “La construcción y significación de los espacios de mujeres dentro de las organizaciones de desocupados”. Ponencia presentada en el *Encuentro 2005 Mujeres y Globalización*. Centro para la Justicia Global, San Miguel de Allende, Guanajuato, Mexico, July 27-August 3.

DELAMATA, Gabriela (coordinadora), 2009. *Movilizaciones sociales: ¿nuevas ciudadanía? Reclamos, derechos, Estado en Argentina, Bolivia y Brasil*, Buenos Aires. Buenos Aires: Biblos.

FEIJOÓ, María del Carmen, 2003. *Nuevo país, nueva pobreza*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

KESSLER, G. Y DI VIRGILIO, M. M., 2008. “La nueva pobreza urbana: dinámica global, regional y argentina en las últimas dos décadas”, en *Revista de la CEPAL*, Nro.95, agosto. Pp. 31-50.

KOROL, Claudia (coord.), 2004. *Revolución en las plazas y en las casas. Cuadernos de Educación Popular*. Buenos Aires: Ediciones Madres de Plaza de Mayo.

KRISTEVA, Julia, 1999. *El porvenir de la revuelta*. México: Fondo de Cultura Económica.

LOZANO, Claudio, 2001. “Contexto económico y político en la protesta social de la Argentina contemporánea”, en *Revista Observatorio Social de América Latina “La protesta social en Argentina”*. Nro. 5, Septiembre. Pp. 5-10.

MINISTERIO DE TRABAJO, EMPLEO Y SEGURIDAD SOCIAL, 2005. “Diagnóstico sobre la situación laboral de las mujeres. Segundo trimestre de 2005”. Buenos Aires: Subsecretaría de Programación Técnica y Estudios Laborales. Minujin, 2001

MINUJIN, Alberto, 2001. “Los sectores medios: medio lleno o medio vacío”, en *Revista Encrucijadas*. N. 14, año 2, diciembre. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires. Pp. 84-95.

PALOMINO, Héctor, 2005. “Los cambios en el mundo del trabajo y los dilemas sindicales”, en Suriano, Juan, *Nueva historia argentina. Dictadura y democracia (1976-1983)*. Tomo X. Buenos Aires: Editorial Sudamericana. Pp. 377 a 442.

RAUBER, Isabel, 2002(a). “Mujerespiqueteras: El caso de Argentina”, ponencia disponible en :http://graduateinstitute.ch/files/live/sites/iheid/files/sites/genre/shared/Genre_docs/2887_Actes2002/07_rauber.pdf

RAUBER, Isabel, 2002(b). “Piquetes y piqueteros en la Argentina de la crisis. Cerrar el paso abriendo caminos”. Disponible en: <http://www.rebellion.org/otromundo/irauber010203.pdf>

RAUBER, Isabel, 2005. “Movimientos sociales, género y alternativas populares en Latinoamérica y El Caribe”, en *Itinéraires. Notes et Travaux* N° 77. Genève : Institut universitaire d'études du développement.

ROSENBERG, Martha, 1996. “Aparecer con vida”, en Tubert, Silvia (comp.), *Figuras de la madre*. Madrid. Ediciones Cátedra Colección Feminismos.

SURIANO, Juan, 2005. “Una Argentina diferente”, en Suriano, Juan, *Nueva historia argentina. Dictadura y democracia (1976-1983)*. Tomo X. Buenos Aires: Editorial Sudamericana. Pp. 11 a 32.

SUTTON, Bárbara, 2007. “Poner el Cuerpo: Women's Embodiment and Political Resistance in Argentina”, in *Journal Latin American Politics and Society*, Volume 49, Number 3. Pp. 129-162.

SVAMPA, Maristella, 2005. *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires: Alfaguara.

VOLNOVICH, Juan Carlos, 2002. “Tres discursos para un nuevo sujeto político”, en *Página 12*, 7 de noviembre. Disponible en: <http://www.pagina12.com.ar/diario/psicologia/index-2002-11-07.html>

WAINERMAN, Catalina, 2005. *La vida cotidiana en las nuevas familias. ¿Una revolución estancada?* Buenos Aires: Lumiere.

WORTMAN, Ana, 2008. *Construcción imaginaria de la desigualdad social*. Buenos Aires: CLACSO - Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.